

LA INICIACIÓN CRISTIANA: UNA PROBLEMÁTICA ACTUAL

ANDRÉS LÓPEZ CALVO
Secretariado de Catequesis
Santiago de Compostela

I. INICIACIÓN CRISTIANA: PREOCUPACIÓN Y DIFICULTAD

El tema de la iniciación cristiana goza de atención recurrente por parte de liturgistas, catequetas y pastoralistas. Es el signo de una preocupación persistente y de las obvias dificultades existentes para enunciar soluciones eficaces. La situación está ante los ojos de todos. La persistencia de la sacramentalización en masa en nuestro país (a pesar de algún signo, de todos modos no muy relevante, de una flexión numérica) induce a la impresión de que la praxis actual acaba por producir más indiferentes que cristianos. Para muchos la primera comunión es también la última y la confirmación supone el momento de la finalización de la práctica cristiana. Incluso aunque los hijos se bauticen de niños, el número de familias que acogen, como terreno favorable, una formación cristiana es minoritario.

Sería superficial e inexacto hacer recaer la responsabilidad de los modelos que resultan inadecuados al descompromiso de los agentes de pastoral y catequistas. Más bien, esta problemática encuentra su origen en la cambiante situación socio-cultural, por la que hacerse cristiano con la estructura heredada de las precedentes generaciones se hace ineficaz y, sin embargo, hoy sigue demasiado activada salvo marginales, y poco adecuadas, adaptaciones.

Es necesario superar la ilusión de que el hacerse hombre y cristiano es una unidad mediante la socialización religiosa. Deberá ser igualmente rechazable la identificación de nuestro momento histórico con el contexto de la época del antiguo catecumenado. Son innegables la existencia de algunas no débiles analogías respecto a aquel ambiente no cristiano de los inicios, donde abrazar la fe suponía una decisión fundamental y compro-

metedora. Pero también existen no pocas diferencias: sensibilidad cultural y lingüística, donde se conjugan las prácticas cristianas con una difusa indiferencia; y propuestas de modelos marcadamente arqueologizantes. Es verdad que los pasos del catecumenado antiguo no deben ser de ningún modo ignorados, no sólo por las analogías señaladas sino también por la riqueza y profundidad de un patrimonio pastoral que pertenece a la tradición cristiana. En este sentido, y no como premisa nostálgica, el catecumenado se constituye en "forma típica" para toda correcta elaboración de un itinerario de iniciación cristiana¹.

Por ello, nuestro artículo, que quiere introducir de una manera global al conjunto de los que componen este número de *Teología y Catequesis*, intentará poner en evidencia el panorama en el que se encuentra la sociedad y la acción eclesial; la confusión respecto a este tema que se respira en muchos miembros de la Iglesia sobre la necesidad de una iniciación y la necesidad de reflexionar y aclarar la importancia de esta iniciación, en orden a perpetuar el futuro de la vocación cristiana.

II. UNA MIRADA DE CONJUNTO SOBRE LA PRAXIS ACTUAL

Conviene recordar que la iniciación cristiana históricamente se ha desarrollado en distintos niveles de exigencia². Un proceso de iniciación cristiana, en sentido estricto, sólo se conoció entre los siglos II y VI, la edad de oro de la institución catecumenal³. La invasión de los bárbaros y su llegada masiva a la fe modificó profundamente el instrumento de socialización cristiana, rebajando las exigencias a niveles medios y míni-

¹ Uno de los primeros en tener una percepción global de la nueva situación que nos condiciona fue el catequeta J. Colomb, que ya en 1948 escribía: "El gran acontecimiento, novedoso en la historia de la Iglesia y absolutamente opuesto a toda su tradición, es que nuestros niños llegan a la edad de la adolescencia y adulta sin haber pasado por un auténtico catecumenado". J. Colomb, *Pour un catechisme efficace* (Lyon 1948). Cf. U. Gianetto, "Iniziazione cristiana", en J. Gevaert (ed.), *Dizionario di catechetica* (Leumann-Torino, Elle di Ci, 1987) 345-347.

² Cf. M. Matos Holgado, "Intento de descripción de los itinerarios iniciáticos más comunes en la actual práctica eclesial española": *Teología y Catequesis* (1988) n. 28, 621-627. También F. J. Martínez, "Iniciación y catequesis en la Iglesia Antigua: apuntes marginales": *Teología y Catequesis* (1984) n. 4, 535-550.

³ Cf. C. Floristán, *Para comprender el catecumenado* (Estella, Verbo Divino, 1989) 21-24.

mos. Durante siglos, la familia cristiana fue la encargada de iniciar a sus miembros jóvenes en la fe, realidad que se vivía cuando sociedad y comunidad cristiana coincidían. Padres y padrinos inician en la fe a la vez que inician en la vida, y a ellos confió la Iglesia la catequesis y la prueba de la fe, desapareciendo la institución catecumenal de la comunidad cristiana, aunque conservando una secreta nostalgia de ella. Hasta el siglo XIX no se reconstruye el catecumenado, y sólo para los nuevos cristianos en países de misión⁴.

Pero hoy, dentro de un contexto secularizado y de increencia, ¿pueden por sí solos los padres asegurar la iniciación cristiana de sus hijos? El despertar religioso en ambiente familiar, salvo heroicas excepciones, es inexistente, no está, ni mucho menos, asegurada la primera iniciación al conocimiento de Dios y a la oración y, en la práctica, las familias se desarrollan dentro de un ambiente neopagano⁵.

Nunca tanto se ha hablado de "iniciación cristiana" y tampoco nunca como hoy se presentan tantas dificultades para realizar itinerarios de iniciación. Sin embargo, y a pesar de las dificultades, la comunidad eclesial no puede rechazar el deber de "iniciar" a cuantos quieran hacerse cristianos. Por ello no debemos perder de vista las dificultades con las que hoy se encuentra la iniciación. Son, principalmente, dificultades de orden institucional y de orden subjetivo⁶.

En cuanto a las de carácter "institucional", el problema se plantea en la capacidad que hoy tienen las tres grandes instituciones clásicas de

⁴ Cf. L. Csonka, "Historja de la catequesis", en Pontificio Ateneo Salesiano (ed.), *Educar. Metodología de la catequesis III* (Salamanca, Sígueme, 1966) 65-232. De hecho, el término "iniciación cristiana", usado alguna vez durante el siglo IV, se retoma en 1908 por Duchesne para indicar una parte —la litúrgico-sacramental— de la iniciación. Será el Concilio Vaticano II el que difunda el uso del término en *Ad gentes* 14.

⁵ "Nunca, como en estos tiempos, se han dedicado tantas personas, esfuerzos y recursos a la catequesis y a la enseñanza de la religión en las escuelas; a la promoción de movimientos infantiles y juveniles; al cuidado de la participación en la liturgia dominical y a la preparación de los sacramentos. Sin embargo, la ignorancia religiosa de la doctrina de la fe de un buen número de nuestros fieles, la desconexión entre la práctica religiosa y la conducta moral, la debilidad de la presencia de los católicos en la sociedad y la escasez de vocaciones a la vida consagrada a Dios ponen de manifiesto las dificultades de nuestra acción evangelizadora" (LXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* [Madrid, Edice, 1998] n. 4).

⁶ Cf. D. Borobio, *La iniciación cristiana* (Salamanca, Sígueme, 1996) 41.

iniciación: la familia, la parroquia y la escuela⁷. La familia está sometida a una grave crisis y a acelerados cambios que la incapacitan para asumir su papel de mediación para el iniciado⁸. Por otra parte se observa que nuestras parroquias no ofrecen unos cauces atrayentes a los jóvenes para su inserción adulta en la comunidad eclesial, ni disponen de medios –tanto humanos como estructurales– para realizar dicha iniciación⁹. Finalmente, la escuela ha seguido un proceso de laicización creciente que, ni siquiera en los casos de instituciones educativas religiosas, permite ser verdadero medio de iniciación cristiana¹⁰.

Tampoco el contexto social facilita el que niños y jóvenes puedan seguir un proceso iniciático. Baste recordar algunos aspectos en confrontación: en nuestra sociedad domina el aprendizaje técnico-práctico de un saber productivo, mientras la iniciación ofrece un aprendizaje doctrinal y espiritual de un saber evangélico. La formación de nuestros días parcela y hasta separa los distintos saberes en favor de la especialización; la iniciación requiere, en cambio, un saber integral que abarca la totalidad de dimensiones de la persona. La pertenencia a grupos e instituciones se realiza hoy de forma parcial y plural desembocando, en muchas ocasiones, en una función de voluntariado para un tiempo libre, sin embargo, la iniciación reclama una integración y pertenencia plena al grupo iniciante. La variabilidad y los cambios sociales vertiginosos educan para lo relativo y lo pasajero, pero la iniciación cristiana exige un compromiso permanente, una fidelidad a la fe y a la conversión primera; la sociedad impulsa al presentismo y disfrute de lo inmediato, mientras la iniciación introduce a la participación de una vida y una felicidad que sólo puede llegar a su plenitud al final. La sociedad inclina a la exaltación de la libertad condicionada de utilización de los bienes terrenos, y en cambio la iniciación propone una libertad nueva en la relativización de lo material y en la nueva vida de los hijos de Dios¹¹.

⁷ Cf. M. Barbará Anglés, "La crisis de los modelos tradicionales de transmisión de la fe": *Teología y Catequesis* (1989) n. 30, 167-181.

⁸ Cf. A. Gil García, "La iniciación cristiana y la familia": *Teología y Catequesis* (1989) nn. 31-32, 547-564.

⁹ Cf. J. Sastre García, *¿Cómo plantear hoy la catequesis de jóvenes?* (Cuestiones catequísticas 3; Madrid, San Pío X, 1995) 28-36.

¹⁰ Cf. A. Botana Caeiro, "Aportaciones de la escuela a la iniciación cristiana": *Teología y Catequesis* (1989) nn. 31-32, 529-546.

¹¹ Cf. D. Borobio, *La iniciación cristiana...*, o. c., 42. También J. Claes, "L'inicia-

No obstante estas dificultades, también se perciben en nuestra sociedad nuevas posibilidades de iniciación. El hombre y la mujer de hoy, como ayer, buscan nuevas referencias sobre las que fundamentar y dar estabilidad a la cuestión del sentido en su vida. De hecho, nunca se ha dado tanta iniciación en las múltiples facetas de la vida. Nunca ha habido una militancia y pertenencia en grupos, movimientos, partidos políticos, incluso en sectas. La "salida" en iniciaciones paralelas o destructoras que a veces se propone (drogas, sectas, violencia...) no puede ser la respuesta definitiva a la necesidad de iniciación. Es preciso que, ante esta situación, la Iglesia se replantee una nueva inculturación de sus mediaciones iniciáticas, de manera que pueda cumplir su misión y extender el Reino¹².

III. PERSPECTIVAS DE FUTURO

La fórmula bautismal de la confesión de fe es dialogada. Esta misma estructura dialogal, además de otros factores, nos está indicando que el símbolo de la fe, el "credo", presupone un proceso de aprendizaje ya que ese "credo" no sólo pide ser aprendido y entendido como texto, sino que exige ser confesado y ejercitado como expresión de una orientación existencial, por eso señalamos unos interrogantes que, consideramos, conviene clarificar en un futuro próximo.

1. *Liberarse de algunos equívocos*

En el término "iniciación cristiana" hay un sustantivo y un adjetivo. La observación es banal, pero conviene, para nuestra reflexión, que el adjetivo tenga más importancia que el sustantivo. Así, la iniciación cristiana es comprendida como el modo de hacer cristianos, de hacer entrar en la vida y experiencias cristianas, transmitir la fe a nuevas generaciones, haciéndolas entrar como miembros activos y responsables en la comunidad cristiana. Por ello, la iniciación no puede coincidir con una "producción". Diversamente de lo que es adoctrinamiento o un mero aprendizaje, la iniciación se dirige al "corazón", enseña a dominar los sentimientos para

tion": *Lumen Vitae* 49 (1994) 1, 11-20.

¹² Cf. L. Gallo, "I contenuti dell'iniziazione cristiana: quale assenso oggi": *Note di Pastorale Giovanile* 21 (1987) 8, 17-23.

afrontar la "prueba" y todas las reacciones emotivas. ¿Hasta qué punto nuestra iniciación cristiana toma en consideración esta realidad? Tampoco la iniciación es un simple recorrido de agregación y no depende exclusivamente de las características de la comunidad que la gestiona. Nuestra iniciación tiene algo de original y particular (lo que evidencia el adjetivo de cristiana).

2. *Aceptación de la pluralidad de modelos*

Modelos diversos, por lo tanto no un modelo único. Sin embargo, cuando se habla de itinerarios de iniciación cristiana parece que sólo exista un único ejemplo, hacia el cual consciente o inconscientemente todos tendemos. Se trata de aquella estructura de iniciación que se instituyó en los primeros siglos de la Iglesia y que, gradualmente, desaparece al llegar la "paz constantiniana": la conversión de los habitantes del mundo rural, los inicios de una condición de "cristiandad" cambiaron el panorama: ¿cómo se podía iniciar con un itinerario de dos o tres años, si los niños se bautizaban a los pocos días de nacer? ¿Cómo se podía asegurar una preparación esmerada y exigente si el número de aquellos que pedían ser cristianos era demasiado grande? Así, de los dos o tres años de un principio se pasó a los "cuarenta días" y los escrutinios se convirtieron en una celebración litúrgica, privada del soporte de experiencia y encuentro.

Se hace muy necesario explorar las diversas formas de iniciación que la Iglesia promueve a lo largo de los siglos para responder a una necesidad de la que no puede prescindir. Privilegiando las indicaciones del actual *Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos*, valdría la pena tratar de re-descubrir las posibilidades de otros elementos de iniciación que puedan seguir teniendo alguna valencia positiva¹³.

En el actual contexto socio-cultural y eclesial parece evidente que el establecer una edad fija y una pastoral uniforme en todas las comunidades y para todos los iniciandos no es acorde con la dimensión eclesial de los mismos sacramentos: llevaría a un automatismo en la celebración; no respetaría suficientemente la situación espiritual y eclesial de los candidatos; limitaría, en gran parte, la libertad de decisión de los sujetos, de sus familias, de la comunidad concreta; dificultaría el proceso de personaliza-

¹³ Cf. R. Lombardi, "Il rito dell'iniziazione cristiana degli adulti": *Orientamenti Pastoral* 38 (1990) 7, 37-56.

ción en la fe y de incorporación responsable a las tareas de la Iglesia. Eso sí, será necesario armonizar todos los elementos integrantes de la iniciación, aunque se pueda poner el acento en u otro aspecto ¹⁴.

3. ¿A cualquier edad?

Sobre este particular observamos un movimiento pendular. En los decenios anteriores al Concilio, bajo la onda de las indicaciones de San Pío X para que los niños recibiesen la eucaristía en torno a los años de discreción (6-7 anos), se determinó anticipar lo más posible la confirmación, celebrándola antes de la primera comunión.

Después del Vaticano II se ha practicado el retraso de dicha celebración. Muchos pastores piensan que la confirmación debe signar una fase de madurez, incluso psicológica, con lo que se determina que la edad idónea sea en torno a la primera juventud (15-18 años).

Después de una fase de acentuada oscilación, el *Código de Derecho Canónico* confirma para la recepción de la confirmación "la edad de discreción" (canon 891), que la Conferencia Episcopal Española precisa que sea en torno a los 14 años ¹⁵.

IV. PROBLEMÁTICA ESPECÍFICA DE LA CONFIRMACIÓN

Postulación de criterios teológico-pastorales para un discernimiento de la pastoral de la confirmación y análisis de las perspectivas de futuro para dicho sacramento, se convierten en líneas de reflexión por parte de nuestras iglesias en orden a la necesidad de articular un proceso coherente y eficaz de iniciación cristiana. Intentamos describir el panorama de la problemática más específica del sacramento de la confirmación.

¹⁴ Cf. D. Borobio, "Iglesia y confirmación: praxis del sacramento y perspectivas": *Misión Joven* (1996) 237, 49-61.

¹⁵ Cf. "Decreto General de la Conferencia Episcopal Española de 7 de julio de 1984": *Boletín de la Conferencia Episcopal Española* 3 (1984) 109, art. 10. Todas las conferencias episcopales europeas han concretado el retraso de la confirmación más o menos: la alemana entre los 12-14 años; la francesa entre los 15-18; igualmente la italiana entre los 16-18. Lo mismo sucede con las conferencias americanas. Por ejemplo la de los Estados Unidos señala la edad de adolescencia (15-18 años) y la de Brasil la edad entre los 12-16 años. Cf. D. Borobio, "Iglesia y confirmación", a. c.

a) *Dificultades en el nivel de los padres.* Lo poco que se hace de trabajo catequético con los padres de los confirmandos antes de la celebración del sacramento sirve para precisar alguna idea, reavivar en algunos ciertas convicciones... pero, en general, los resultados son bastante modestos.

Si preguntamos a los padres qué piensan sobre la confirmación, responden que es un acontecimiento en la vida familiar que tiene una consideración inferior a la primera comunión y, también en general, en la vida cotidiana no se hacen demasiadas referencias explícitas sobre ella.

b) *En el nivel de los adolescentes.* ¿Qué piensan los candidatos sobre la confirmación? Cuando su edad se encuentra entre los 12-14 años, algunos mantienen la impresión de que este sacramento no tiene, entre los adultos, la misma consideración que los otros. Algunos lo perciben como el último lazo que condiciona su libertad, en efecto, después de la confirmación tienden a tomar distancia de la comunidad cristiana¹⁶.

c) *En el nivel de los pastores y catequistas.* Catequistas, sacerdotes y obispos constatan que lo que los confirmandos y sus padres esperan está muy lejos del verdadero significado de la confirmación. En muchos casos se pide y se recibe este sacramento porque "se debe hacer". Si los párrocos y los catequistas no lo propusiesen, tal vez la confirmación acabaría en desuso. Un segundo motivo de malestar viene constituido por una serie de incertidumbres sobre el sacramento que, parece, no encuentra una precisa definición de su identidad y de su puesto dentro de un proceso¹⁷.

d) *El problema del nombre.* A los nombres que lo designaban en la antigüedad: crismación (unción con el crisma) y confirmación (con los significados de "refuerzo" del bautismo y "signación" [marca del signo de Cristo]), actualmente se han unido otros: sacramento del Espíritu Santo

¹⁶ Cf. L. Bordinon, "Il sacramento della confermazione. Problemi e prospettive": *Catechesi* 68 (1998) 1, 20-27.

¹⁷ Desde la información que ofrecen diversos proyectos pastorales, directorios diocesanos y orientaciones al respecto, se observa que no hay una auténtica unanimidad en aspectos como: su comprensión dentro de un itinerario global de iniciación cristiana, la fijación de una edad concreta, la duración de la preparación, la terminología que explica su identidad, los contenidos que han de exponer los materiales, la competencia de los catequistas y los itinerarios que favorezcan una continuidad después de la confirmación.

(¿no lo es ya el bautismo?); de la madurez cristiana (¿en qué sentido?); de la vocación cristiana, sacramento del testimonio, etc.

e) *El significado y el sentido teológico.* Se dice que la confirmación es el sacramento del don del Espíritu Santo, pero ¿en qué se distingue este don del ya recibido en el bautismo? El gesto ritual que configura a la confirmación en Oriente está constituido por la unción con el crisma (*myron*), en Occidente oscila entre la crismación (unción con el crisma), la imposición de las manos y la signación (con la señal de la cruz en la frente). Con la constitución *Divina consurtium naturae* (15-8-1971), el Ritual de la confirmación hizo una fusión entre los distintos signos rituales afirmando explícitamente que "el sacramento de la confirmación se confiere mediante la unción del crisma sobre la frente que se hace con la imposición de la mano". Sin embargo, la fuerza parece recaer en la unción. Esta oscilación, no resuelta del todo en el Ritual, nos parece que deja entrever una incertidumbre teológica relativa al objetivo específico y al efecto propio del sacramento¹⁸.

f) *La relación con la eucaristía.* Desde el punto de vista teológico tenemos, además, el problema no fácil de resolver de la relación con la eucaristía. El orden tradicional ve esta sucesión: bautismo, confirmación y eucaristía. La praxis común de nuestras iglesias conoce otra sucesión: bautismo, eucaristía y confirmación. En realidad, esta anticipación de la comunión eucarística sobre la confirmación se ha impuesto por motivos prácticos. Sin embargo, el *Catecismo de la Iglesia Católica* reafirma en su n. 1298 el orden tradicional de la iniciación cristiana (bautismo-confirmación-eucaristía), ignorando, por tanto, que existe una praxis diversa. En cualquier caso, la praxis actual parece ir bien a los catequetas y pastoralistas, que la ven en perspectiva pedagógica, pero presenta dificultades para liturgistas y teólogos.

g) *Confirmación y pastoral juvenil.* Otro de los problemas prácticos que emergen en la actual situación de los procesos de iniciación cristiana, y que requieren un sereno análisis, es la relación entre catequesis de confirmación y pastoral juvenil. Dos son los errores demasiado extendidos respecto a esta problemática: considerar la confirmación como un absoluto y reducir la pastoral juvenil a catequesis de confirmación¹⁹.

¹⁸ Cf. L. Bordinon, "Il sacramento...", *a. c.*, 22.

¹⁹ Cf. A. Ginel Vielva, "Catequesis de confirmación y pastoral juvenil": *Misión*

La catequesis de confirmación tiene su especificidad, dada por la identidad del sacramento. Por lo tanto, ¿es necesario un tiempo largo para iniciarse en lo propio de la confirmación o lo que conviene es cuidar y alargar la catequesis de jóvenes, en la medida en que éstos la necesiten?

V. ESPERANZAS PARA UN NUEVO MILENIO

El conjunto de esta problemática que hemos intentado describir podría dar la impresión de que lo mejor sería "suspender las tareas" en espera de ulteriores clarificaciones. No obstante, la Iglesia continúa iniciando cristianamente, fortalecida por el *sensus fidei* que le garantiza encontrarse frente a un don del cual no puede ser privado ninguno de sus hijos.

"Esto nos obliga a pensar una transmisión de la fe por agentes nuevos, en contextos nuevos y con métodos nuevos. En adelante ser creyente y ser transmisor de la fe tendrán que aparecer como inseparables; creyente, testigo, apóstol, mártir, serán equivalentes [...] La transmisión de la fe a las nuevas generaciones tiene que sumar: *a)* información de hechos; *b)* contenido de experiencia, de oración y celebración (mistagogia); *c)* integración y arraigo en una comunidad concreta de fe; *d)* ideas teóricas que permitan percibir e interpretar el contenido objetivo del cristianismo, forjar y defender la propia identidad; *e)* criterios para configurar la vida moral y para persistir cristianamente en una sociedad pagana" ²⁰.

Al término de estas reflexiones podemos afirmar que, a pesar de que parece que el cuadro de aspectos negativos, incertidumbres y problemas es superior al de los positivos en orden a la educación, la iniciación mantiene una gran valencia educativa, por su condición global, existencial y de experiencia fuerte que garantiza su eficacia. Como forma de aprendizaje, la iniciación no entra en el orden de la transmisión de un saber, sino de la introducción a un misterio, de una madurez de la persona a través de una transformación y la incorporación en una comunidad. En este sentido, esta valencia se nos propone como causa de un esperanzado optimismo ²¹.

²⁰ O. González de Cardedal, "Cristianismo, Iglesia y sociedad en España: 1950-2000", en *id.* (ed.), *La Iglesia en España 1950-2000* (Madrid, PPC, 1999) 403.

²¹ Cf. E. Alberich Sotomayor, "Iniziazione", en J. M. Prellezo (coord.), *Dizionario di scienze dell'educazione* (Leumann-Torino, Elle Di Ci, 1997) 528-529.